

Andábamos buscándote

Cuando un niño pequeño se pierde, los padres lo buscan con angustia. Si un pequeño muere y se pierde para siempre, a la madre le sangran las entrañas. Y cuando un adolescente se pierde, se esconde, desaparece, se va de casa... los padres lo buscan hasta encontrarlo, tratan de comprenderlo y de ayudarlo, inician un diálogo de mayor conocimiento, comprensión y aceptación...

María y José tratan de comprender a Jesús adolescente cuando se queda en el templo de Jerusalén y lo encuentran en medio de los doctores de la ley. Su madre, desconcertada, le pregunta: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, andábamos buscándote" (Lc 2, 41-51). Una insinuación de María que refleja reproche cariñoso, desconcierto e incompreensión, angustia por la búsqueda y alegría por el encuentro.

María ya había enfrentado la espada de la incompreensión y del dolor en el templo cuando el niño fue presentado para ser circuncidado y el anciano Simeón profetizó a los padres señalando que sería un signo de contradicción (cf. Lc 2, 25-35). Entonces, sus padres quedaron admirados de lo que se decía de él, y María guardaba aquel mensaje en su corazón.

Ahora, cuando Jesús entra al templo para la fiesta de Pascua, como adolescente ya iniciado en el judaísmo, María recibirá del Hijo un mensaje que también guardará en su corazón aunque no lo entienda plenamente: "Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?" María y José no comprendieron lo que Jesús decía. Ellos andaban buscando a su hijo, pero Jesús se muestra como Hijo y les habla del Padre. Los padres, al encontrar al Hijo, descubren en su palabra la voluntad del Padre. Jesús habla del Padre, de la casa y de las cosas del Padre y del misterio de su filiación divina que sobrepasa toda inteligencia humana. En su adolescencia y al final de su misión, Jesús nos revela este misterio de su filiación, que tiene especial importancia para el cristiano porque en Cristo nosotros también llegamos a ser hijos de Dios (cf. Lc 19, 45-48; 24, 49).

Su padre y su madre andan buscando a Jesús sin comprender que Él debe ocuparse en las cosas del Padre. Cuando Jesús inicia su vida pública y su misión, también salieron los familiares en su búsqueda porque creían que estaba trastornado. Los maestros de la ley también lo buscan para desacreditarlo acusándolo de estar poseído por los demonios (cf. Mc 3, 21-22; Jn 10, 20). Andaban



buscándolo, pero no comprendían su misión ni su identidad divina.

Nosotros también andamos buscando a Jesús. Pero con frecuencia lo buscamos donde Él no está, o no comprendemos su identidad y su misión porque no aceptamos su filiación divina, ni valoramos nuestra herencia como hijos e hijas de Dios. En nuestra vida cristiana surgen dudas y angustias, tiniebla e ignorancia. Buscamos sin encontrar, nos angustiamos con dolor porque no entendemos la voluntad de Dios en nuestra vida ni sabemos descubrir su paso en nuestra historia. Jesús nos invita a ocuparnos en la casa y en las cosas del Padre... sin angustiarnos en nuestra inquieta búsqueda.

Buscamos a Jesús en tantos lugares y con tantas angustias que sólo encontramos desconsuelo. No sabemos apreciar las “cosas del Padre” ni logramos descubrir la “voluntad de Dios” en los dolores de cada día... Exclamamos con acento de reproche: “Mira que andábamos buscándote”. Señor, danos la fortaleza y la sabiduría para buscar el rostro del Hijo amado. Jesús, alienta nuestra acción de gracias, danos tu misericordia para vencer nuestros miedos, dudas, temores e ignorancias. Vuelve con nosotros a Nazaret y acompáñanos en nuestra vida para que podamos vivir como hijos e hijas de Dios. Que te busquemos y encontremos en nuestro corazón, en nuestra comunidad, en nuestro mundo...